

Foto de una jaula vacía

17

ros y poder, arruinada, retirarse a vivir en un pisito agradable y pequeño, de los nuevos que estaban contruyendo en el edificio rehabilitado de la plaza, junto al ayuntamiento, y sin más compañía que un jilguero que era de lo que de verdad ella tenía ganas y no de tanto patán al retortero poniéndolo todo perdido de barro con aquellas botazas cuando venían los sabados a mediodía a cobrar la semana y, ea, a la labor que se puso animosa y en un abrir de ojos pues que ya lo tenía.

-En un santiamén, sí - que si bien era mujer poco habladora según nos fuimos tomando confianza me empezó a ir contando algunas cosas -; un niño precioso. Una criatura deliciosa de...seis años - decidió seis porque era domingo y estábamos poniendo la mesa y en ese momento ella estaba colocando los platos, tres hondos y tres llanos, uno, dos, tres... - que metí directamente en un colegio interno; era mejor que aquí en el pueblo nadie lo conociera, lo comprendes, ¿verdad?

Y que un colegio de esos de a todo tren, el más caro, porque si bien no había que precipitarse sí quería - había echado sus cuentas - liquidar aquel engorroso asunto con una rapidez adecuada a sus planes: una docena de años de educación cuanto más costosa mejor y un par de añitos - dijo, poniendo ahora las copas -, o tres todo lo más, para que las malas compañías ya de universitario, allá en la capital tan lejos y tan grande y con tantos peligros, me lo corrompieran y, yo - ella -, pobre mujer "que siempre fue como una verdadera madre" - decía con un cierto retintín burlón - aunque en esos elogios póstumos que me dedicarían jamás pensara, demasiado atenta a mis proyectos...tuviera que hacer frente a su vida de despilfarro y hasta, en una ocasión - por ganar tiempo, que llegaba a impacientarse a veces a la vista de que las condenadas riquezas no mermaban -, hube de gastarme una fortuna por sacarlo de la cárcel a la que fue llevado por no sé qué gamberada de muchacho si bien sí corrió el rumor de válgame Dios qué enormidad a la que no me digné prestar oídos.

Porque fue siempre muy suya y "que digan lo que quieran, me dije", dijo, poniendo ahora las servilletas, "yo quería solucionar mi vida y no iban a venir ellos a resolvérmela; de modo que podían decir lo que mejor les cuadrara".

Y que por ella como si les parecía bien hacerselo un sacamantecas o un delincuente o un truhán. Que le daba lo mismo pero yo, a mamá, ni una palabra de esas murmuraciones puerilerinas porque, como mi suegra, soy también un poco mía y no quiero que se forme mala opinión de mi marido.